

amenazaba invadir otros puntos, y que llegó á dominar también en New-Hampshire y Connecticut.

Al tener noticia Washington de tales disturbios, exclamó poseído de la mayor agitación, como si aún pesara sobre él la responsabilidad de los acontecimientos: «¡Buen Dios! ¿qué es el hombre para mostrar en su conducta tanta inconstancia é infidelidad? ¡Ayer derramábamos nuestra sangre para obtener las constituciones bajo cuyo amparo vivimos, que fueron elegidas por nosotros, y hoy desnudamos la espada para destruirlas! Esto es tan incomprensible, que me cuesta trabajo creer sea verdad y persuadirme de que no estoy soñando... (1). Cuando lloraba la muerte de nuestro pobre amigo, el general Green, no dejé de preguntarme si no hubiera él preferido salir de este mundo ántes que asistir á las escenas que es probable tengan que deplorar sus conciudadanos (2).»

Y con el mismo motivo escribía á Enrique Lee, que dijo en el Congreso que sería necesario recurrir á la influencia del general en jefe para dominar la insurrección: «El carácter y las circunstancias de los numerosos cuerpos del país oriental, dan lugar á un estado de cosas por demás lamentable, y á que se realicen los pronósticos de nuestros enemigos de allende el Atlántico, que podrán ahora decir, con razón, que no somos capaces de gobernarnos por nosotros mismos. Me causa profundo dolor el ver cómo se oscurece con densas nubes el brillante porvenir de nuestra patria, y me asombra que las intrigas de los hombres ignorantes recelosos de la minoría, basten para inducir al error á vuestros buenos compatriotas, pues no es de suponer que la gran masa del pueblo sea tan ciega que no vea los resplandores de una brillante aureola en medio de todas estas agitaciones y trastornos hijos de la locura.

»Me habláis, amigo mío, de emplear mi influencia para reprimir los tumultos de Massachusetts; mas yo no sé dónde estará esa influencia, ni en el caso de tenerla, si sería suficiente para remediar todos esos desórdenes. *Influencia no es gobierno*: tengamos un *gobierno* con el cual podamos asegurar nuestras vidas, nuestras libertades y nuestros bienes, ó sepamos á qué atenernos. En semejantes circunstancias, mi parecer es que debe tomarse una pronta determinación, averiguando ántes cuál es el objeto

(1) Writings, tomo IX, pág. 221.

(2) Id., pág. 226.

de los insurrectos. Si realmente pesan sobre ellos esas vejaciones de que hablan, remédien- se si es posible, y si no, dígaselos al ménos que no os halláis en estado de hacerlo en este momento. Pero si las quejas son infundadas, emplead la fuerza de una vez, pues de lo contrario pudiera creerse que careceis de apoyo, y os expondríais á que el mundo formase de vosotros un triste concepto. No debe vacilarse en adoptar uno de esos medios, pues de otro modo aumentará la exasperación ó se infundirá demasiada confianza en esas masas que, semejantes á la bola de nieve, van aumentando de volumen, á no ser que lo impida un obstáculo ántes que su peso sea demasiado grande é irresistible.

»Estas son mis opiniones: los precedentes son siempre peligrosos; empúñense vigorosamente las riendas del gobierno y castíguense las violaciones de la Constitución; y si ésta es defectuosa, modifíquese desde luego, mas no consintamos nunca que se atente contra ella mientras exista.»

En toda la Confederación se sentía el mal y se entreveía el remedio. La envidia de los Estados, los intereses locales, las antiguas costumbres, las preocupaciones democráticas repugnaban los sacrificios que debía imponerles una organización más importante y más fuerte del poder central; pero con todo, el espíritu de orden y de unión, el amor á la patria, el disgusto de verla declinar en la estimación del mundo, de presenciar las agitaciones subalternas, interminables y estériles de la anarquía, la evidencia de los males, el conocimiento de los peligros, todas las ideas justas, todos los sentimientos nobles, que llenaban el alma de Washington, se difundían, se acreditaban y preparaban un porvenir mejor.

Los Estados procedieron al nombramiento de sus delegados para la Convención. Virginia puso en primer término de la lista de los suyos el nombre de Jorge Washington.

El 14 de mayo de 1787 reuniéronse en Filadelfia los designados para deliberar sobre el trascendental asunto de que parecía depender todo el porvenir de los Estados-Unidos. Aquel mismo día procedióse á la elección del que debía ocupar la presidencia, y Washington obtuvo sin oposición tan distinguido honor. El que fundó la libertad de su patria, tuvo también la gloria de conciliarla con el orden.

Deliberando diariamente á puerta cerrada, y guiados por los más sabios y puros principios que han presidido jamás á una obra de tal cla-

se, aquellos buenos ciudadanos, que sacaban su fuerza de sus luces y de la necesidad, consiguieron al fin llegar al término de su difícil tarea, y el 17 de setiembre quedó reformada la Constitución.

Pocos días ántes de cerrarse la Convención, Washington preparó y sometió á la aprobación de sus compañeros la siguiente carta, que, junto con la Constitución, trasmitióse al Congreso para la consiguiente aprobación:

«En la Convención á 17 setiembre de 1787.

»MUY SEÑOR MÍO: Tenemos el honor de someter á la consideración de los Estados en el Congreso reunidos, la Constitución que en nuestro concepto es más conveniente.

»Los amigos de nuestro país deseaban hace mucho tiempo que todos los poderes y autorizaciones para regir los destinos de la nación se confriesen por completo al Gobierno general de los Estados-Unidos; pero comprendiendo cuán impropio sería delegar en un solo cuerpo tan extensas atribuciones, se ha hecho necesario establecer una distinta organización.

»Es evidentemente imposible para el Gobierno federal de nuestros Estados conceder todos los derechos de soberanía independiente á cada uno de ellos, y proveer al mismo tiempo á sus intereses y seguridad. Los individuos que entran á formar parte de las sociedades, deben ceder una parte de la libertad para conservar el resto, pues la grandeza del sacrificio depende tanto de la situación y de las circunstancias como del objeto que se trata de obtener. Es difícil en todo tiempo establecer con exactitud una línea divisoria entre los derechos que se pueden conferir y los que se deben reservar, y en la presente ocasión aumentaba la dificultad por la diferencia que hay entre los Estados respecto á su situación, territorio, costumbres y particulares intereses.

»En todas nuestras deliberaciones hemos tenido siempre á la vista que lo principal y de más interés para todo verdadero americano, es consolidar la Unión, porque en ella va envuelta nuestra prosperidad, nuestro bienestar, y acaso nuestra existencia nacional. Esta importante consideración, fija en nuestra mente, indujo á los Estados presentes en la Convención, á ser ménos exigentes en ciertos puntos de inferior importancia, y de este modo la Constitución que ahora presentamos es el resultado de ese espíritu amistoso y de mutua deferencia que el carácter de nuestra situación política hacía indispensable.

»Acaso no pueda esperarse que todos los Estados aprueben completamente nuestro plan; pero cada uno de ellos comprenderá, á no dudarlo, que si se hubieran consultado sólo sus propios intereses, podrían haber resultado desagradables consecuencias y graves perjuicios para unos ó para otros. Creemos que esta Constitución, con raras excepciones, es tan aceptable como se pudiera esperar; que sirva para promover el bienestar del país, tan querido por nosotros, y para asegurar su libertad y su dicha, es nuestro más ardiente deseo.

»Con el mayor respeto, señor, tenemos el honor de ofrecernos como los más humildes y obedientes servidores de V. E.

»JORGE WASHINGTON, Presidente.

»Por orden unánime de la Convención.

»A S. E. el Presidente del Congreso.»

Inspirada en parte en la de que sólo Inglaterra ofrecía á la sazón el modelo, la Constitución de los Estados-Unidos de 1787 tuvo por objeto conciliar la forma federal y la imitación mediante un exacto contrapeso de los poderes.

Los últimos años habían demostrado demasiado los inconvenientes que ofrecía para el buen despacho de los negocios, y hasta para la libertad, la existencia de un solo Congreso investido del doble poder de ordenar y ejecutar, y en su consecuencia sustituyeron á este Congreso dos Cámaras legislativas y un poder ejecutivo por separado: la Cámara de los diputados, el Senado, y la Presidencia.

Sin embargo, aquella Constitución con tan rectos fines, sabio juicio y puros principios preparada, hubo de encontrar poderosa oposición, y tanto en el Congreso como en las respectivas legislaturas de los Estados fué causa de que se suscitaran distintos y reñidos debates ántes de ser aprobada.

Con tal motivo Washington escribió á Patrio Henry: «Vuestro buen juicio es muy suficiente para que comprendáis al momento las ventajas y los defectos de la Constitución, y vuestra experiencia os dará á conocer con cuántas dificultades se ha tropezado cuando se han querido conciliar los diversos intereses y desterrar las preocupaciones locales que predominan en los Estados. Yo quisiera que fuese más perfecta la Constitución que hemos hecho, pero creo sinceramente que es la mejor que podría formarse en esta época, tanto más cuanto que se deja abierto un camino para introducir las enmiendas que se juzguen necesarias, y esto es á no dudarlo, un motivo más para que se acep-

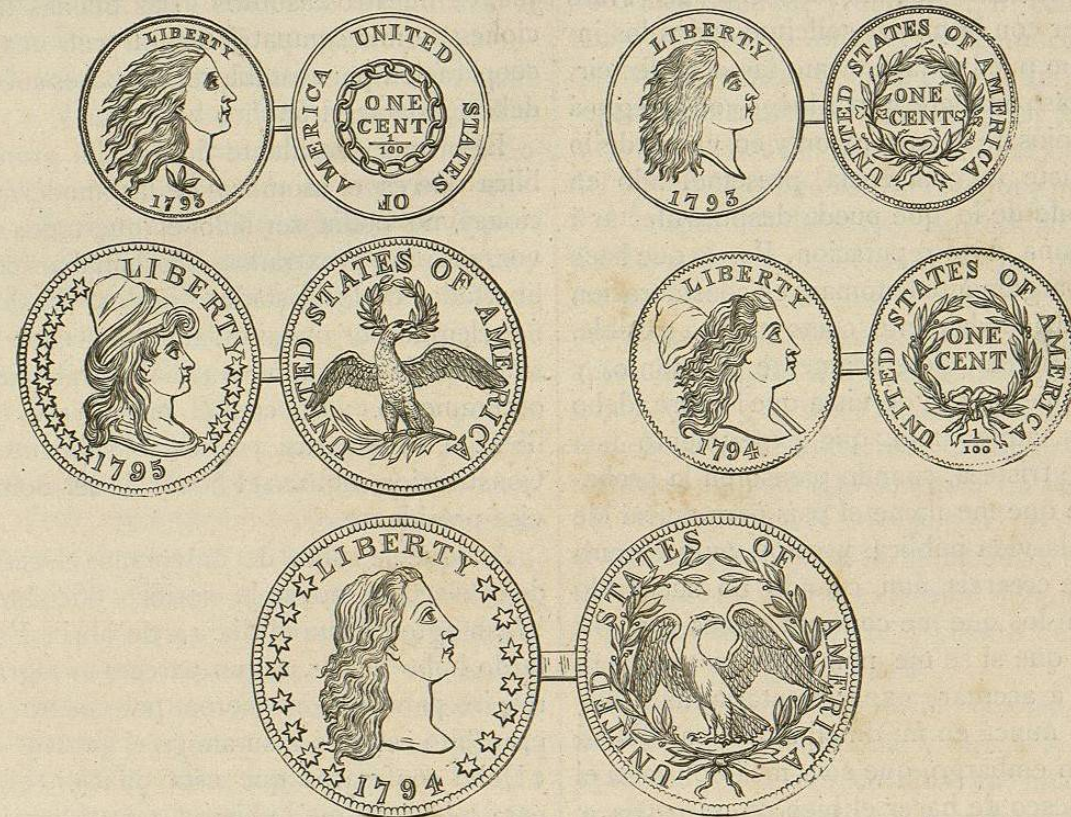
Our domestic animals, as well as our agriculture, are inferior to yours in point of size; but this does not proceed from any defect in the Stamina of them, but to deficient care in providing for their support; experience having abundantly evinced that, where our pastures are as well improved as the soil & climate will admit;—where a competent store of wholesome provender is laid up—and proper care used in serving it, that our horses, black cattle, Sheep &c are not inferior to the best of their respective kinds which have been imported from England.—Nor is the wool of our Sheep inferior to that of the common sort with you:—as a proof—after the Peace of Paris in 1783, and my return to the occupations of a farmer, I paid particular ^{attention} to my breed of Sheep (of which I usually kept about seven or eight hundred).—By this attention, at the shearing of 1789 the fleeces yielded me the average quantity of $5\frac{1}{2}$ of wool;—a fleece of which promiscuously taken, I sent to M^r. Arthur Young, who put it, for examination, into the hands of Manufacturers.—These pronounced it to be equal in quality to the bestish wool.—

Facsimile de una página de una carta escrita por Washington á sir J. Sinclair

te dicha Constitucion en las actuales circunstancias.»

«Hay algunas cosas en el nuevo sistema, decia en cartas á otros amigos, que nunca obtuvieron ni obtendrán mi aprobacion; mas entonces pensé, y ahora pienso lo mismo, que despues de todo, es la Constitucion mejor que pudiera obtenerse en estos tiempos, y estoy seguro que de no aceptarla, la inmediata consecuencia será una disolucion.»

Más explícito con su joven y querido compañero de armas, el marqués de Lafayette, le escribió: «Espero que se harán muchos elogios de nuestro nuevo gobierno, cuyas ventajas se deberán principalmente á los hábitos de industria y economía á que el pueblo se ha venido entregando desde algun tiempo por necesidad. Creo que nunca se trabajó ni economizó tanto en este país como ahora, y si todos persisten en las buenas costumbres que van contrayendo,



Monedas de los Estados Unidos (1793-1795)

pronto tocaremos sus buenas consecuencias. Cuando el pueblo reconozca que tiene un gobierno enérgico que le proteja, cuando las naciones extranjeras nos concedan iguales ventajas que á otros países, cuando se hayan cubierto los gastos que la guerra ocasionara, vendiendo los terrenos de la parte occidental, cuando la simiente del bienestar que se va sembrando poco á poco, comience á dar sus frutos y cuando, en fin, disfruten todos de la libertad bajo el árbol de la paz, ninguno dejará de reconocer seguramente que tan favorable resultado se debe al nuevo gobierno. Ya veis que no soy ménos entusiasta que lo fui siempre, si entusiasmo puede llamarse el estar persuadido que este país será dichoso. No puedo creer que la Providencia nos haya favorecido en un principio, para abandonarnos ahora, y siempre fué mi opinion que no daremos lugar á que el mun-

do diga que en circunstancias tan favorables como las nuestras, no fuimos capaces de gobernarnos por nosotros mismos.»

Adoptada la Constitucion por once Estados, todas las miradas convergieron hácia un mismo objetivo al pensar en el nombramiento del que debia hacerla respetar, y llevar á cabo tan radical reforma, todos los verdaderos americanos se fijaron por espontáneo impulso en Washington, considerándolo como el único hombre que podia salvar aquella difícil situacion.

Sabíase cuánto le habia de repugnar el tener que abandonar su retiro; pero tampoco se ignoraba que su patriotismo triunfaba siempre de todas las consideraciones personales, y esperábase de él este nuevo sacrificio en aras de la felicidad de su patria.

No se le ocultaba á nuestro esclarecido héroe el vivísimo anhelo del país en este punto, y